

853

A

PQ 4683

A3  
A48  
V.3



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. - 1905  
PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

11018

00000



LAS CARTAS



12.—OB. DE AMICIS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

---

## LAS CARTAS

---



Los primeros documentos epistolares de la amistad, son las cartas que se escriben durante las vacaciones de los compañeros de colegio.

Se escriben por vanidad, como se fuman los primeros cigarros; la idea de dar que hacer, con nuestra pluma, á los empleados de correos, y hacer que den la vuelta por el mundo nuestros pensamientos, nos proporciona una satisfaccion semejante á la que se experimenta más tarde al ver impreso nuestro nombre por vez primera, y el recibir una carta nos enorgullece tanto, que á veces nos escribimos á nosotros mismos con el solo objeto de tener el honor de recibir la carta, que hemos echado al correo á escondidas por nuestra propia mano.

Son cartas por lo general calcadas en el estilo

de la última novela que leímos, las cuales aluden con palabras vagas á los amores de las fuertes pasiones que nos dominaron, á trasformaciones dramáticas de carácter, que se van cumpliendo en nosotros, á causa de misteriosos sucesos, que la prudencia nos aconseja callar.—Tornaré de nuevo á mi comenzado relato...—es una frase muy repetida.

Las descripciones son muy frecuentes:

—“El cielo estaba estrellado; reinaba un silencio profundo; parecía que la naturaleza...”

Después aparece en el paisaje una prima; ojean á la ligera poesías escogidas; abundan las citas pedantescas traídas violentamente de las últimas lecturas; se ponen largas filas de puntos suspensivos, los cuales se quiere que signifiquen grandes cosas que no sucedieron.

Las cartas sentimentales suelen comenzar con esta frase:

—“Soy el último de los mortales.”

Todo está escrito con grandes pretensiones de escolar, que cree manejar la lengua del maestro y escribe sus desatinos con serena petulancia. Frecuentemente se observa en ellos un sentimiento de profundo hastío de la vida. A veces hay figuras indecorosas en los márgenes. Y se garabatea una firma elegible por conclusion.

Después vienen las cartas de la primera juventud una especie de poema heróico-cómico en prosa, deslabazado y raro, como la autobiografía de un maniático: cartas brillantes de hombre de mundo escritas para hacer centellear el ingenio vanidoso en los días de esfervescencia cerebral; cartas desesperadas, que claman auxilio y compasión, escritas bajo la impresión de sucesos que nos parecían terribles y que olvidamos á los quince días; cartas de muchos, llenas de revelaciones indiscretas de amores profanados; cartas furiosas llenas de palabras crueles y de amenazas, escritas hoy y contradichas mañana con el corazón atormentado por el remordimiento; cartas alocadas escritas con la imaginación exaltada en el silencio de la noche, y recordadas después de muchos años, con un sentimiento de vergüenza y de cólera; cartas nobilísimas exaladas por el primer ímpetu del corazón, para hacer justicia á un amigo lejano, desconocido durante mucho tiempo; cartas hinchadas de orgullo insensato, escritas en momentos en que nos animaba un presentimiento de grandeza y de gloria que se desvaneció á la semana siguiente; cartas rebosando afecto, escritas sin motivo en un pronto, por un capricho de la imaginación, á amigos indiferentes que odiamos luego al cabo de un mes, ofendidos por su silencio;

cartapacios profundos y difíciles, disertaciones filosóficas sobre la vida, con un tinte de negra melancolía, escritas bajo la impresion de ligeros desengaños, á los cuales dimos la importancia de grandes injusticias del destierro; cartas locas de alegría, verdaderos estallidos de gozo y de triunfo con los cuales anunciamos nuestras primeras venturas, rasgando el papel con la pluma, en la exaltacion de la escritura; cartas burlonas, escritas en un acceso de extraordinaria jovialidad, con un lenguaje extravagante y desenfrenado; resmas de papel en las cuales á tesoros de bondad y de nobleza, se mezcla un cúmulo tal de puerilidades, de tonterías de embustes, de contradicciones, de despropósitos, que ninguno de nosotros conservaría intacta la reputacion de criatura racional, si la mitad de lo que hemos escrito de jóvenes se publicara en un libro.

\*  
\* \* \*

Andando los años, se escribe ya á los amigos más sobriamente. Hemos tenido tantos contratiempos y tantos disgustos en el curso de nuestra vida, que somos parcos para escribir, haciéndolo ya á pequeñas dosis y prévia destilacion.

El lenguaje apasionado de las cartas de la juventud, se va apagando frase por frase, como una gran iluminacion de la que se apagaron uno por uno sus distintos focos.

Las frases epistolares, con las que nuestro corazon solía entonar un aria, se hacen frias y secas, como saludos cambiados por la calle en el rigor del invierno: toda la carta se contrae y se enfría, reduciéndose poco á poco á un artificio de fórmulas huecas y vacías, que le quitan todo valor de "documento humano."

Cuando tenemos que hacer una confidencia, tenemos un momento la pluma en el aire, y las más de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA DON ALFONSO  
"ALFONSO CASTELLANOS"  
Año. 1825 MONTERREY, N. L.

las veces, despues de haberlo pensado un rato, no ponemos en la carta más que la mitad.

Despues de escrita una carta expansiva, la dejamos reposar medio día; y á menudo, despues de haberla vuelto á leer, la tiramos al cesto para escribir otra más diplomática.

Adquirimos gradualmente el aire de halagar el amor propio de los demás con una discreta corte-sía sin calor, tras de la cual, nuestro amor propio está á la defensiva, como detrás de un escudo.

A veces el arrepentimiento, el temor de haber ido más allá de lo que queríamos, sobreviene un momento despues de haber echado la carta en el buzón del correo, y nos detiene algunos momentos en medio de la calle pensativos; y entonces, otro sentimiento nos asalta: la vergüenza de haber llegado á ser desconfiados y recelosos en cierto modo. Pero de esta enfermedad ya no nos curamos.

Los amigos á quienes escribimos con franqueza, no son ya más que los muy íntimos, y para muchos, no hay más que uno en este caso.

\*  
\* \*

Nuestra correspondencia con ellos es de tarde en tarde. Por meses, por años, como si se hubiese muerto el uno para el otro; despues un saludo, un accidente cualquiera, reanuda de pronto una frecuente correspondencia.

Durante algunas semanas se cruzan cartas llenas de confiancias y de bromas, á las cuales sigue un larguísimo silencio.

A veces, la correspondencia se prolonga alimentada por la ira. Una mala partida provoca una respuesta seca, las plumas se aguzan, las cartas se encrespan, la amistad está á punto de romperse; ambos intentan, *ipso facto*, ir á pedir una satisfaccion cara á cara; despues uno de los dos retrocede, el otro se aquieta, las cartas siguen otro poco la polémica, y finalmente vuelve la calma.

Otras veces, pasan meses y meses picados y en silencio, durante los cuales cada uno, en su interior, vitupera al otro, con el firme propósito de

concluir para siempre: propósito al que se falta despues, de pronto, en un día de buen humor, con una carta cordial que todo lo arregla.

Vienen períodos de correspondencia forzada, en los cuales las cartas, escritas por un deber de cortesía, les cuesta un trabajo inmenso, y se pasan las horas, buscando frases amables, que para no verse obligados á mentir, tardan en encontrar.

Vienen luego correspondencias de amargas quejas en días tristes para ambos: duos epistolares melancólicos, en los cuales cada uno desahoga sus propios dolores, exagerándolos algo, dando á las cartas cierta entonacion monótona de elegía, que da á la amistad cierto matiz de ternura; y entonces nos proponemos no dejar nunca trascurrir un mes sin exparcir el ánimo de uno en el del otro.

Y despues, al cabo de largos períodos de silencio, comenzamos cien veces una carta que interrumpimos bostezando, como si escribiésemos al mismo hastío en persona.

\*  
\* \*

¡Pero cómo se meten en las cartas los sentimientos íntimos del amigo, por grandes que sean los esfuerzos que hagan por ocultarlos! Si tiene alguna queja con nosotros, puede ocultarla cortesmente cuanto quiera; su rencor se transparentará á través de la rigidez de su disimulo, de lo estudiado de su estilo, de la estructura forzada de ciertos períodos, en medio de los cuales se adivina que debia encajar otro, que se tuvo en la pluma, despues de un rato de reflexion.

Ciertas frases que no dicen nada, son evidentemente un *quid medium*, que él busca acá y allá, para no escribir una impertinencia reñida con lo prudente, sin una delicadeza que su conciencia rechazaba.

Al hacer alto en la escritura, se comprende que en aquel momento, el amigo meditaba la estocada oblicua, que viene, en efecto, cuatro líneas más abajo; un cumplimiento en dos puntas. Otras ve-

ces, en un par de corteses líneas, parece que se ven las dos filas de dientes del autor, entre los cuales, os guardaríais bien de meter un dedo.

Así, alguna vez, entre dos buenos amigos, cambiamos una larga serie de cartas atentas, que cada uno de los dos lee con una sonrisa maligna en los labios, diciendo á cada galantería:

—¡Qué farsante!—verdaderas cartas punzantes, que pinchan por todas partes sin herir en ninguna; ó pedazos de prosa hipócrita que muerden solamente en el fondo, como serpientes suspendidas por la cola, y con mordeduras malditas, porque por pronto que sueltan, se quedan al ménos vengados veinticuatro horas con haber clavado los dientes.

\*  
\* \*

Y, sin embargo, son las cartas de los amigos las que mantienen viva nuestra fé en un cierto ideal consolador de amistad.

Escritas por lo regular en un momento de disposicion benévola de ánimo, encubren muchos defectillos del alma; el amigo no está allí para desmentir con la expresion de su cara las palabras faltas de sinceridad, su carácter se embellece en nuestra imaginacion visto al través de aquellas hojas que nos traen casi siempre su pensamiento y su sentimiento estudiado y corregido.

Por esto, los ausentes forman como un grupo aparte en la gerarquía de nuestros amigos; en la cual nos amparamos mentalmente y nos consolamos cuando estamos cansados y descontentos de los amigos próximos; como el artista, desilusionado de los trabajos que tiene entre manos, se consuela con el pensamiento de los que no tiene en la mente sino un vago bosquejo.

Es bueno por esto, entretener siempre, aunque sea con un poco de esfuerzo, alguna amistad lejana, alguna correspondencia sin sombras y sin decaimiento, con alguno de aquellos vagos fantasmas de amigos sin defectos, que nos sostienen si vacilamos, cuando vamos á renegar de la amistad, considerándola como una vaga palabra.

Y cuando ocurre desengañarnos también de ellos siempre obtenemos esta ventaja: que volvemos á los presentes, con el ánimo dispuesto á más indulgencia porque nos persuadimos de que no son peores que los otros.

\*  
\* \*

Y por otra parte, ¡cuántos placeres en medio de muchos disgustos y de algun dolor nos proporcionan las cartas!

En el acto de rasgar con el dedo el sobre en donde reconocemos una letra conocida, se experimenta siempre una pequeña emoción de curiosidad y de espectación impaciente y agradable que nos hace sonreír, como si de aquella carta hubiera de salir la voz misma del amigo, ó una pequeña imagen suya viva y parlante.

Qué bienes nos producen aquellas cartas llenas de tranquilidad y de afecto, escritas por un hombre sincero, que recibimos sin esperarlas en la tarde de uno de aquellos días desgraciados en los cuales todo nos ha salido mal y hemos vuelto á casa con mil pequeñas heridas en el corazón, hastiados, disgustados de todas las personas y de todas las cosas.

¡Cómo se celebran, con qué loca alegría, se leen y se releen en medio de la calle, no importándonos los



empujones de la multitud y sin temor á las ruedas de los carruajes, aquellas pocas líneas, aunque sean del último de nuestros amigos, que vienen á nuestro encuentro en un país extranjero entre los muros de una ciudad desconocida, en aquellas horas de la tarde, en que la patria nos parece tan bella y tan lejana!

¡Con qué duda y profundo sentimiento de gratitud y de respeto quitamos el sobre á aquellas cartas en las cuales un amigo cariñoso, del que nos creíamos olvidados, nos manda un saludo desde otra parte de la tierra, un papel doblado que recorre un arco de veinte mil millas á través de los continentes y de los mares, para venir á decirnos una palabra afectuosa!

¡Y cuántos nuevos aspectos de los amigos nos descubren las cartas, cuántos diversos estilos epistolares nos revelan, qué gran campo de observaciones psicológicas nos abren!

\*  
\* \*

Uno de los tipos más amenos es el *diletanti* que escribe por el gusto de escribir, cartas de ocho carillas, en papel comercial y de caracteres pequeñísimos que echan á perder la vista y el estómago; exposiciones minuciosas y detenidas de todo lo que hace y de todo lo que piensa, con algun razonamiento tranquilo y sensato sobre política, con el resúmen de los libros que lee y las comedias á que asiste.

Es una prosa densa y dulzona que corre poco á poco, horas y horas, como jarabe que cae de una botella de cuello delgado.

Escribe por el gusto de hacerlo, como estaría silbando ó cantando en la ventana; se ha acostumbrado á aquella gimnasia agradable de la inteligencia y de la mano, y no puede prescindir de ella.

Es por lo general, soltero, casero, económico y suele escribir las cartas con borrador.

No hace gran diferencia entre amigo y amigo, no lleva á mal que no se le responda y no sospecha

nunca, ni aun de los más lejanos, que no se leen sus cartas, tanto es el gusto que experimenta al escribirlas.

Terminada una carta larga bien redactada y es-tensa á la que nada hay que pedirle, siente satisfecha su conciencia, como despues de haber hecho una buena accion.

No pretende escribir bien, y no se preocupa por esto; se jacta de una sola cosa: de no aburrir.

Poner sus cartas unas sobre otras, despues de haber leído su principio y su fin, y cuando el monton tenga cierta altura, contestar cuatro lineas á todas ellas y estas bastarán para hacerle trabajar diligentemente otros tres meses.

Este, hacia los sesenta años, suele escribir sus Memorias, que lee despues él solo con gusto.

\*  
\* \*

Otro gran tipo, es el que escribe por la mania de hacer escribir, por coleccionar cartas, como otros coleccionan diplomas, para hacerse creer que tiene muchas relaciones y muchos negocios.

Envía cartas á todas partes, cartas que obligan á contestarlas á viva fuerza, llenas de preguntas apremiantes y de peticiones, reforzadas, cuando es preciso, con notas marginales.

Escribe preferentemente al amigo que le gusta hablar de él, en las ocasiones en que nadie se acuerda de su persona, simulando la necesidad urgente de una investigacion relativa á una persona ó á un asunto cualquiera; pero busca tambien las cartas de los indiferentes, por tener mayor número; tiene llena de ellas la cartera; las saca de todos sus bolsillos con fingida distraccion; revuelve lo que tiene en la mano para buscar una que ha visto desde el principio; lee á sus amigos párrafos de ellas, haciendo resaltar las confidencias que le honran, los chistes agu-

dos y las frases elocuentes es muy feliz cuando de un amigo político recibe un ciento de noticias para hacerlas circular, ó de un amigo literato, el título de una obra inédita para vociferarla por todas partes.

Acostumbra tener un catálogo de las cartas que recibe, y los días en que no recibe ninguna, está pesaroso, se cree abandonado de Dios y de los hombres; vosotros y otros muchos, recibireis al día siguiente una carta suya, en la cual os pedirá ansiosamente un consejo respecto á algun asunto grave, el cual maldito si le importa.

\*  
\* \*

Otro tipo os escribe puntualmente, una vez al año hácia fin de Diciembre, respondiendo punto por punto á la carta que le escribisteis un año antes, y que tiene abierta á la vista.

Este es casi siempre padre de familia y hombre metódico: trata la correspondencia con los amigos como una correspondencia burocrática.

Escribe por riguroso orden, primero las noticias tuyas, despues las de la mujer, despues las de los hijos, por orden de edad.

El mayor ha concluido sus exámenes de fin de curso con tales notas; el segundo ha entrado recientemente en el colegio militar, desde donde ha escrito su primera carta que el padre resume; la niña ha estado un poco mala, y ha curado gracias á una medicina, de que dá cuenta con todos sus pormenores; él, vuestro buen amigo, ha tenido tambien este año su acostumbrada dolencia, pero no en Abril, sino en Agosto.

Siguen algunas consideraciones generales sobre los principales acontecimientos del año; despues las acostumbradas memorias con las mismas palabras de siempre, nombrando á todas las personas de vuestros parientes y vuestros amigos, con el mismo órden.

Le respondeis, y está ya todo dicho para doce meses.

Alguna vez, sin embargo, en el curso del año, os manda, bajo faja, un periódico de su pueblo, en el cual señala con lapiz encarnado, un párrafo de la crónica, que cita su nombre entre otros muchos, á propósito de una junta de beneficencia; y si le mandais un periódico vosotros, os contesta con una tarjeta, reservándose sus impresiones hasta Navidad.

\*  
\* \*

Existe otro raro personaje que odia las cartas, sordo á los ruegos más insistentes y á las más resueltas intimaciones se sobrepone á sospechas injuriosas, tolera impertinencias, pierde amistades, padece daños, se resigna á todo antes que á escribir.

La carta en sí misma, aquella forma particular de composicion que le han enseñado en la escuela, con aquel giro obligado de frases, al principio y al fin, le inspira una resistencia invencible, como si fuera una cosa contra naturaleza.

Si alguna rara vez se ve irremisiblemente obligado á escribiros, os envía cuatro renglones mal escritos é ininteligibles, en estilo telegráfico por los cuales comprendéis que no ha acabado de leer vuestra carta, y que al escribir ha sufrido las penas del purgatorio, echándoos mil maldiciones.

Le escribís que estais en peligro de muerte: es capaz de mandaros una tarjeta, como si quisiera decir:—Está bien.

Pensará á menudo en vosotros, hablará muy bien de vuestros actos, os hará saludar de los amigos, os mandará un periódico todos los meses, os dará las gracias por un regalo con un telegrama, hará un viaje á propósito para volveros á ver, pero morirá probablemente sin dejaros un autógrafo de quince palabras.

Después de haberle escrito cartas en las cuales lo tratáis mal, podéis, al volverle á ver ir tranquilamente á su encuentro: os recibirá con su acostumbrada cortesía; todos los improperios que le habéis dirigido en vuestras cartas, no le escocerán, todo le parece soportable ménos el suplicio epistolar.

\*  
\* \* \*

El más curioso de todos, sin embargo, es el amigo que no escribe un renglón para salvaros de un conflicto, que no responde á vuestras cartas, que no os da cuenta de ninguna desgracia en cinco ó seis años, y que después, de repente os escribe cuatro páginas llenas de afecto y de suavidad, que terminan con la petición de un favor, ó con el aviso festivo de su próxima llegada, en el cual está sobreentendida la esperanza de una espléndida acogida.

"Llegaré el viernes á las ocho y quince," y os dan ganas de responderle: "Saldré á las ocho y catorce."

Pero hay en esto una cómica ingenuidad en aquel engaño de egoísta, que concluye por divertirnos en vez de tomarlo á mal.

La carta es por lo general una obra maestra de mentira trasparente.—Verdaderamente, él os está en deuda de algunas cartas; pero mil con-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO DE LOS RIOS"  
MAY 1925 MONTAÑANA

trariedades..... El irlo dejando de hoy para mañana..... No se ha pasado, sin embargo, un día sin que su corazón..... Vuestra bondad es tal, por otra parte..... que no se pueden hacer equilibrios, se sobreentiende.

Y llega con su hermosa cara de pascuas, toda alegría y ternura, se regocija tres días en vuestra nobleza hospitalaria, se va con los ojos humedecidos..... y si te ví no me acuerdo.

Durante otros diez años, podeis escribirle, volverle á escribir, y romper: no vereis una letra suya.



Una cosa más digna de estudio, son las alteraciones aparentes que experimentan ciertas personas expresándose por cartas.

Nada hay más falso que esta frase; el estilo es el hombre, por lo que respecta á la mayor parte de las cartas de los amigos.

Se incurriría en grandes errores si se juzgase á todos por lo que escriben, y como lo escriben.

El esfuerzo de la composición, la impropiedad de las frases, las incertidumbres, las lagunas producidas por la dificultad de expresarse, desfiguran tanto, en algunos, sus sentimientos, sus pensamientos, y las intenciones, que poco ó nada de lo que tienen en el corazón, llega hasta nosotros.

La carta es como un cedazo, pasando por el cual, muchos parece que pierden ciertas cualidades morales, otros parece que las afinan, alguno, que las adquiere de nuevo, y muchos no salen sino contrahechos é irreconocibles.